

Rambouillet, una década

Juan Carlos Fernández
www.juancarlosfernandez.es

Durante décadas, los municipios se limitaban a administrar lo poco que tenían. Eran un escalón más de una Administración reflejo de una España aislada, temerosa de asomarse al exterior, donde parece que residía el pandemonio, siempre con sus asechanzas dispuestas para terminar con nuestro vivo genio español. En ese ambiente, que se prolongó durante décadas, tiene perfecta acogida la reflexión de Cánovas: son españoles los que no pueden ser otra cosa.

Mientras, en el corazón de la vieja Europa, Adenauer señalaba como meta la unión política de las naciones. Persiguiendo ese objetivo se superaban, no sin grandes sacrificios, los fantasmas de la Segunda Guerra Mundial, de cuyos escombros surgía una nueva Europa de la que España sólo pudo ser partícipe tras la restauración de la monarquía, esta vez bajo premisas impecablemente democráticas, superadoras de todos los experimentos de los siglos XIX y XX. En los vetustos muros del solar hispano se abrían vanos enormes por los que entraron luz y aire fresco. No tardarían en surgir unas Administraciones más modernas, más comprometidas y cercanas, sobre todo las municipales, primer escalón que sube el vecino. En este contexto de apertura, uno de los instrumentos que en Europa se utilizan con profusión para acercar ciudadanos, para procurar que tenga lugar una ósmosis cultural y social que dé mayor sentido al concepto de ciudadanía europea, es el de los hermanamientos. Creo que esta herramienta ha servido para que muchos de nuestros pueblos se abran a otros modos de vivir y de entender las cosas, a la par que se convierten en transmisores de nuestra idiosincrasia y valores.

En Zafra teníamos la experiencia del hermanamiento con Estremoz, en la vecina Portugal. Se firmó en su día, asimismo, una especie de declaración de intenciones para mantener relaciones de amistad con un campamento saharauí. Procuró también el hermanamiento con nuestra ciudad la localidad colombiana de Valledupar, sin que finalmente éste último llegase a fructificar.

Es a finales de 2000 cuando la Corporación de Rambouillet se dirige a la de Zafra proponiendo hermanarse. A quienes a la sazón desempeñábamos el gobierno local, nos sorprendió la proposición. Ciertamente, ignorábamos todo sobre la localidad francesa y nos llamaba poderosamente la atención el que se fijasen en nosotros para ampliar las relaciones que ya mantenían desde 1956 con Great-Yarmouth, en Inglaterra; desde 1967, con Kirchheim Unter Teck, en Alemania, y desde 1986 con Waterloo, en Bélgica. La explicación era, por lo demás, sencilla: en el siglo XVIII el rey Carlos III regaló a Luis XVI (quien tras la Revolución se convirtió en el *ciudadano* Luis Capeto y fue víctima de la guillotina) un rebaño de merinos, que fueron destinados a Rambouillet, donde en la actualidad existe la llamada *Bergerie Nationale*, que cuida de la calidad de la descendencia. Nuestra proyección nacional por la Feria nos convertía en lugar de referencia para todo lo relacionado con el merino, y los franceses, adecuadamente informados, entendieron que este era un buen motivo para que el hermanamiento que pretendían con el sur de Europa se enfocase hacia nuestra ciudad.

En la Corporación se entendió que era conveniente responder a la cortesía de la municipalidad de Rambouillet, presidida por el veterinario Gérard Larcher, cuya arrolladora personalidad y cercanía al pueblo le hacían ganar con una envidiable holgura en cuantas elecciones participaba. Era además, por aquellas fechas, vicepresidente del Senado. Posteriormente fue ministro de Trabajo y, en la actualidad, además de alcalde es presidente de la Cámara Alta francesa. Nuestro alcalde escribió haciendo saber que nos sentiríamos honrados con la visita de los concejales rambolitanos.

Fue en septiembre de 2001 cuando la primera legación gala, integrada por la Sra. Marie-France Faure y el Sr. Jean-Pierre Blanchelande, visitó Zafra donde, en dos o tres días, les mostramos nuestra ciudad, les ponderamos nuestra importancia en el mundo ganadero, del que la Feria es su mejor escaparate, y conocieron de cerca cómo funcionaba nuestra Corporación.

Meses después, en julio de 2002, tuvimos ocasión de devolver la visita. No pudo encabezar la expedición el alcalde, Antonio Pérez, y correspondió el honor a quien esto escribe, acompañado por Santiago Malpica, que representaba a la Entidad Ferial. Disfrutamos del sentido protocolario de los galos del que, según creo, tendríamos mucho que aprender; conocimos la *Bergerie Nationale* (uno de cuyos empleados había estado en Zafra con motivo de la Feria Internacional Ganadera del 92) y, lo más importante, empezamos a trabajar el pro del hermanamiento. Acordamos el alcalde Larcher y un servidor que el primer paso hacia ese objetivo debería consistir en un intercambio escolar. Empezar por los alumnos era realmente interesante, no sólo porque tendrían ocasión de practicar el francés y el español que aprendían en los institutos, sino también por cuanto la experiencia les serviría para ensanchar horizontes.

Así se hizo, y se sigue haciendo, gracias al interés de los institutos locales, que enseguida se brindaron a colaborar. La primera piedra se puso, y continuaron los contactos: en febrero de 2005, vuelve una delegación francesa, ahora presidida por el alcalde Jean-Frédéric Poisson, que sustituía a Gérard Larcher (incompatible el ejercicio ministerial con el de alcalde). En mayo viajamos los zafrenses, presididos por Manuel García Pizarro, y se firmó el protocolo de hermanamiento en el Ayuntamiento de Rambouillet, que después se ratificó en Zafra durante la Feria. Posteriormente, los intercambios de alumnos, vecinos y miembros corporativos, han seguido un curso regular.

Ahora bien, hay un aspecto que es ineludible tratar, si queremos hablar de la cuestión de los hermanamientos con toda amplitud. No faltan voces críticas que estiman que, en definitiva, todo consiste en un ir y venir de concejales que disfrutan de vacaciones pagadas por el presupuesto. Incluso en la misma Corporación no han faltado opiniones contrarias. Esta postura, tan respetable como próxima a la demagogia, debe ser respondida con argumentos que diluyan, si es posible, el escepticismo. Antes me refería a lo interesante de la permeabilidad; también ponderaba las ventajas de los intercambios de alumnos. Lo cierto es que si las Administraciones se encerrasen en sí mismas, empequeñecerían su ámbito. Hoy día, en una sociedad globalizada, esto parece poco aconsejable, y ciudades como la nuestra, con un sector turístico pujante y con una importante industria, si bien golpeados coyunturalmente por la crisis, pueden aprovechar las oportunidades que brindan los hermanamientos para hacerse conocer más allá de nuestras fronteras.

Hay que trabajar, eso sí, en pro de dotar de mayor contenido empresarial a los contactos. El turismo local, sus empresas, la industria, las potencialidades comerciales, deben ser conocidos por la vecindad de Rambouillet; esto significa que sepan de Zafra no sólo los treinta mil habitantes de aquella localidad a una cincuentena de kilómetros de París, de cuya relevancia es prueba el que allí tiene residencia el presidente de la República, sino también decenas de miles de personas de la región. El Consorcio de la Feria tiene también una magnífica ocasión de trabajar en pro de la promoción ganadera y establecer vínculos con nuestros hermanos. Hay campo donde sembrar, y las Corporaciones deben esforzarse en ello. Ni que decir tiene que estas premisas son extrapolables a los hermanamientos firmados con las otras localidades con las que el Ayuntamiento ha decidido mantener relaciones; el hecho de que ciña este artículo a Rambouillet viene dado únicamente por la cercanía con que trabajé por el hermanamiento con la ciudad francesa.

Me manifiesto tajantemente cuando se me plantean algunas cuestiones: ¿Fue una distracción Rambouillet? No. ¿Fue turismo? Hombre, no faltó, siempre se tiene con los visitantes la cortesía de enseñarles lo que uno tiene. Pero principalmente fue representar dignamente a nuestra localidad, estrechar lazos y pensar en posibilidades de actuaciones que nos beneficiasen recíprocamente. ¿Tienen futuro los hermanamientos? Mucho. Y más con lo que vienen dando en llamar nuevas tecnologías de la comunicación y de la información. Gracias a estas se pueden realizar actividades y mantener contactos que no exigen desplazamientos, pero que igualmente enriquecen. Ahí va una idea, que no sé si será original, pero que se me acaba de ocurrir: ¿qué tal un periódico escolar, editado en francés y español, realizado conjuntamente por los alumnos de las dos ciudades, y colgado en la red? Noticias, artículos, información turística, comercial, podrían estar a disposición de miles de personas que sortearían los Pirineos sin salir de su domicilio. Actualizado con regularidad se convertiría en una magnífica experiencia. Pongan los españoles información de Zafra en francés, los franceses noticias de Rambouillet en español. Por ejemplo. Tampoco estaría de más el impulso ciudadano, al margen, pero no sin coordinación, con las autoridades. ¿Qué tal una asociación por la amistad entre nuestras dos ciudades? Es cuestión de querer hacer cosas. Y de, terminando por donde empezaba, salir del empequeñecimiento de campanario y respirar otros aires, aunque sea virtualmente.

No quiero dejar de hacer una breve observación personal. Antes de ser concejal, había estado varias veces en Francia. Después de cesar como miembro del Gobierno local y tras abandonar la actividad política, he vuelto. Eso ha sido turismo y confieso que las experiencias fueron siempre muy gratas. Nada tienen que ver esas satisfacciones con las experimentadas durante mi paso por la Corporación. De esa época me llevo, entre otros, el placer de haber conocido a gentes encantadoras de Rambouillet, empezando por los dos alcaldes a los que antes citaba, y por concejales y otras personas a quienes no aludiré por no dejar ningún nombre en el tintero. Me enorgullece haber sido invitado el día de la Fiesta Nacional de Francia y haber participado en actos solemnes, como el homenaje a los caídos o la recepción en el Palacio del Rey de Roma, donde el alcalde Larcher me hizo el honor de cerrar las intervenciones de las autoridades civiles y militares. Y también me siento satisfecho de haber sido anfitrión, acompañando a los alcaldes Antonio Pérez y Manuel García Pizarro, cuando los franceses nos han visitado. Es decir, he tenido el honor de representar a Zafra más allá de nuestras fronteras, y de co-representarla aquí. Me llena el haber colaborado muy directamente en que el

hermanamiento haya sido realidad. Brindo por nuestras relaciones, que ahora cumplen cinco años sobre el papel, y diez desde que empezamos a conocernos.